

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LOS ACTOS CON FÉLIX
MANIQUEO, Dos Libros. (C)

ADVERTENCIA.

Sobre estas disputas contra Félix, Possidio escribe en la Vida de Agustín, capítulo 16: «Con un tal Félix, de los que los mismos maniqueos llaman Elegidos, y que había venido a Hipona para sembrar el mismo error, el beato Agustín disputó públicamente en la iglesia de Hipona, con notarios presentes y el pueblo asistente; y después de la segunda o tercera conferencia, aquel maniqueo, frustrado en su vanidad y error de esa secta, se convirtió a nuestra fe y a la Iglesia, como podrá demostrar la escritura al ser leída nuevamente.» Donde Possidio indica que hubo tres conferencias, contando aquella que Agustín tuvo con Félix el día anterior a los Actos públicos, sin notarios: de ahí que al inicio del primer libro diga, «Ayer dijiste que puedes defender las escrituras de Maniqueo.» A esta primera conferencia se refiere también lo que dice Félix, libro 1, capítulo 14: «Si me traes las escrituras de Maniqueo, los cinco autores que te mencioné.» Entiende, «ayer dije:» pues en el día de los Actos no se menciona nada sobre esos cinco autores dicho antes por Félix.

Consulta la carta de Agustín 79, escrita a un cierto presbítero maniqueo, que en la introducción del segundo tomo conjeturamos que era Félix. Parece referirse a esta misma persona la confesión hecha por un tal Félix, convertido de la herejía de los maniqueos, sobre los maniqueos que conocía, que Baronius publicó en el Apéndice del quinto tomo de los Anales, descrita del código del colegio Gervasiano de París, en el cual después del libro sobre las Herejías a Quodvultdeus se lee: «Yo, Cresconio, uno de los maniqueos, escribí, porque si me voy antes de que los Actos sean suscritos, seré tenido como si no hubiera anatematizado al maniqueo. Félix, convertido de los maniqueos, dije bajo testimonio de Dios, que confieso toda la verdad, sobre lo que sé que son maniqueos o maniqueas en las partes de Cesarea, María y Lampadia, esposa de Mercurio el platero, con quienes también oramos junto al Elegido Eucaristo, Cesaria y Lucila su hija, Cándida que reside en Tipasa, Victorina la hispana, Simpliciano padre de Antonino, Pablo y su hermana que están en Hipona, quienes también por María y Lampadia supe que son maniqueas. Esto es todo lo que sé: que si se descubre que sé algo más de lo que he dicho, yo mismo me confieso culpable.»

LIBRO PRIMERO. ACTOS DEL PRIMER DÍA.

CAPÍTULO PRIMERO.

En el sexto consulado de Honorio Augusto, el séptimo día antes de los idus de diciembre, AGUSTÍN, obispo de la Iglesia católica de las regiones de Hipona, dijo: Ayer dijiste que puedes defender las escrituras de Maniqueo, y afirmar que tienen la verdad; si te place hacerlo hoy, o presumes que puedes, dilo.

FÉLIX maniqueo dijo: No niego haber dicho que defendería mi ley, si se presentan los autores de mi ley en medio.

Y cuando el obispo Agustín presentó la carta de Maniqueo, que llaman del Fundamento, dijo: Si leo de este código, que ves que llevo, la carta de Maniqueo que llamáis del Fundamento, ¿puedes reconocer si es la misma?

FEL. dijo: La reconozco.

AUG. dijo: Tómala tú mismo, y léela.

Y cuando Félix tomó el códice, leyó: Maniqueo, apóstol de Jesucristo por la providencia de Dios Padre. Estas son las saludables palabras del eterno y vivo manantial, que quien las escuche y primero crea en ellas, luego las guarde, nunca estará sujeto a la muerte, sino que disfrutará de una vida eterna y gloriosa. Pues ciertamente debe ser considerado bienaventurado quien esté instruido con este conocimiento divino, por el cual será liberado y permanecerá en la vida sempiterna.

AUG. obispo dijo: ¿Reconociste ciertamente la carta de vuestro Maniqueo?

FEL. dijo: La reconocí.

AUG. dijo: Prueba entonces cómo este Maniqueo es apóstol de Jesucristo. Pues no lo leemos en el Evangelio entre los Apóstoles en ningún momento: y sabemos quién fue ordenado en lugar de Judas el traidor, es decir, el santo Matías (Hechos I, 26); y quién después fue llamado por la voz del Señor desde el cielo, esto es, el apóstol Pablo (Id. IX), todos lo reconocen. Por tanto, prueba que este Maniqueo es apóstol de Cristo, lo cual se atrevió a poner al inicio de su carta.

CAPÍTULO II.

FEL. dijo: Y que tu Santidad me pruebe lo que está escrito en el Evangelio, cuando Cristo dice: Voy al Padre; y os enviaré el Espíritu Santo Paráclito, que os guiará a toda la verdad (Juan XVI, 13). Prueba esto fuera de esta escritura que sea la escritura del Espíritu Santo, que Cristo prometió donde se encuentra toda la verdad: y si encuentro la verdad en otros códices que no pertenecen a Maniqueo, y Cristo los entregó: pues así fue dicho por Cristo, que el Espíritu Santo Paráclito os guiará a toda la verdad: según el discurso de Cristo, yo rechazo las escrituras de Maniqueo.

AUG. dijo: Ya que no pudiste probar cómo Maniqueo es apóstol de Cristo, y exiges que yo pruebe cómo envió al Espíritu Santo Paráclito que prometió, para que entonces rechaces las escrituras de Maniqueo, si encuentras cumplida la promesa de Cristo fuera de las escrituras de Maniqueo: aunque debiste responder primero a mis preguntas, sin embargo, aquí estoy respondiendo primero, y te muestro cuándo fue enviado el Espíritu Santo que Cristo prometió. Y se dirige al Evangelio y a los Hechos de los Apóstoles.

CAPÍTULO III.

Y cuando tomó el códice del Evangelio, recitó: Mientras hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros; soy yo, no temáis. Y mientras leía, dijo: Esto después de la resurrección. Y cuando dijo esto, leyó: Pero ellos, aterrados y asustados, pensaban que veían un espíritu. Y les dijo: ¿Por qué estáis turbados, y por qué suben pensamientos a vuestros corazones? Mirad mis manos y mis pies, que soy yo mismo: palpad, y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero aún no creyendo ellos, y maravillándose de gozo, dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Y ellos le ofrecieron parte de un pez asado y un panal de miel. Y cuando hubo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dio, y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito en la ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras: y les dijo, Así está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciese y resucitase de los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y la remisión de

pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas. Y he aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros: pero quedaos en la ciudad hasta que seáis investidos de poder desde lo alto (Lucas XXIV, 36-49). Y cuando devolvió el códice del Evangelio, tomó los Hechos de los Apóstoles, y dijo: Hemos oído en el Evangelio que el evangelista santo recordó la promesa de Cristo, que está en el Evangelio según Juan, que el presente Félix mencionó. Pues donde el Señor dijo, Enviaré a vosotros el Espíritu Santo Paráclito (Juan XVI, 7), el evangelista Juan lo escribió. Pero lo que acabo de leer, el evangelista Lucas lo atestiguó, y concordó con la verdad del apóstol Juan. Veamos también cómo se cumplió lo que prometió el Señor, y cómo se realizó: para que cuando la realización de la promesa del Señor haya sido expresada desde los Libros canónicos de la santa Iglesia, no busquemos otro Espíritu Santo Paráclito, para no caer en las trampas de los seductores.

CAPÍTULO IV.

Y recitó de los Hechos de los Apóstoles: El primer tratado hice, oh Teófilo, acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido: a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí; porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días. Entonces los que se habían reunido le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo? Y les dijo: No os toca a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad; pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo. Entonces volvieron a Jerusalén desde el monte que se llama del Olivar, el cual está cerca de Jerusalén, camino de un día de reposo. Y entrados, subieron al aposento alto, donde moraban Pedro y Jacobo, Juan, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé, Mateo, Jacobo hijo de Alfeo, Simón el Zelote, y Judas hermano de Jacobo. Todos estos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos. En aquellos días Pedro se levantó en medio de los discípulos, y dijo (y era la multitud junta como de ciento veinte en número): Varones hermanos, era necesario que se cumpliese la Escritura, que el Espíritu Santo habló antes por boca de David acerca de Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, porque era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio. Este, pues, adquirió un campo con el salario de su iniquidad, y cayendo de cabeza, se reventó por en medio, y todas sus entrañas se derramaron. Y fue notorio a todos los moradores de Jerusalén, de tal manera que aquel campo se llama en su propia lengua, Aceldama, que quiere decir, Campo de sangre. Porque está escrito en el libro de los Salmos: Sea hecha desierta su habitación, y no haya quien more en ella; y tome otro su oficio. Es necesario, pues, que de estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros de su resurrección. Y señalaron a dos: a José llamado Barsabás, que tenía por sobrenombre Justo, y a Matías. Y orando, dijeron: Tú, Señor, que conoces los

corazones de todos, muestra cuál de estos dos has escogido, para que tome la parte de este ministerio y apostolado, de que cayó Judas por transgresión, para irse a su propio lugar. Y les echaron suertes, y la suerte cayó sobre Matías; y fue contado con los once apóstoles. Y cuando leyó, dijo: Hemos oído quién fue ordenado en lugar de Judas el traidor, lo que mencioné poco antes, para que nadie se infiltre fraudulentamente en el número de los Apóstoles, y con el nombre de apóstol engañe a los ignorantes.

CAPÍTULO V.

Ahora veamos lo que prometimos, cómo se cumplió la promesa de Cristo sobre el Espíritu Santo. Y cuando dijo esto, leyó en el lugar: Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo, como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen. Moraban entonces en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo. Y hecho este estruendo, se juntó la multitud; y estaban confusos, porque cada uno les oía hablar en su propia lengua. Y estaban atónitos y maravillados, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Cómo, pues, les oímos nosotros hablar cada uno en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos, elamitas, y los que habitamos en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de Libia más allá de Cirene, y romanos aquí residentes, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios (Hechos I-II, 11). Y cuando recitó, dijo: ¿Has oído ahora cómo fue enviado el Espíritu Santo? Lo que me exigiste probar, lo he probado; queda que tú hagas lo que prometiste: pues hemos encontrado cuándo envió al Espíritu Santo, que prometió; rechaza esa escritura, que bajo el nombre del Espíritu Santo quiso engañar al lector o al oyente.

CAPÍTULO VI.

FEL. dijo: No niego lo que dije, que cuando se me pruebe que el Espíritu Santo enseñó la verdad que busco, la rechazo. Pues tu Santidad me ha leído donde los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo, y en esos Apóstoles busco uno que me enseñe desde el principio, el medio, y el fin.

AUG. dijo: Si leyeras que el Señor dijo, Enviaré a vosotros el Espíritu Santo, que os enseñará el principio, el medio y el fin; bien me obligas a mostrar quiénes fueron enseñados por el Espíritu Santo.

FEL. dijo: Porque tu santidad dice esto, que los Apóstoles mismos recibieron el Espíritu Santo Paráclito; repito, de esos mismos Apóstoles, que el que quieras me enseñe lo que me enseñó Maniqueo, o que anule su doctrina de los doce el que quieras.

AUG. dijo: Lejos esté de la fe de los Apóstoles, que enseñen la doctrina del sacrílego Maniqueo. Pero ya que dices que uno de ellos debe anular la doctrina de Maniqueo, ahora que los santos Apóstoles no están en el cuerpo; yo, el más pequeño, no solo de todos los Apóstoles, sino de todos los obispos, (pues ¿cuándo aspiro a los méritos de los Apóstoles?) cuanto el Señor se ha dignado concederme de su mismo Espíritu, anulo la doctrina de Maniqueo, cuando comiencen a leerse las siguientes de esa carta, que tú mismo no niegas que es de Maniqueo.

FEL. dijo: Dijiste que los Apóstoles han salido del cuerpo, sus escrituras valen hasta ahora: y porque dijiste tu Santidad, y porque diste potestad de decir lo que quisiéramos sin ningún temor, dijiste, Anulo la ley de Maniqueo: y yo digo, Todo hombre es mentiroso, solo Dios es veraz (Salmo CXV, 2; Rom. III, 4); las Escrituras de Dios hablan.

CAPÍTULO VII.

AUG. dijo: Tú ciertamente eres hombre, y como la misma cosa está a punto de indicar, mentiroso. Y ya que has hablado lo que quisiste, no de la Escritura de Dios; es necesario que yo también hable lo que quiero. Pues si la verdad es de tu Maniqueo, ni por mí podrá ser destruida: si es falsedad, ¿qué importa por quién sea destruida? Sin embargo, ya que dijiste de la escritura de los Apóstoles, que aunque ellos no estén en el cuerpo, están aquí sus escrituras: antes fueron asumidos los Apóstoles, que el error de Maniqueo naciera en el mundo; por eso no se encuentran las escrituras de los Apóstoles discutiendo evidentemente contra Maniqueo. No obstante, lo que el apóstol Pablo en este Espíritu Santo Paráclito que había recibido, previó que sucedería sobre tales, como Maniqueo fue, como vosotros sois, recito para que lo reconozcas. Y tomando la Epístola del apóstol Pablo a Timoteo leyó: Pero el Espíritu dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios, por la hipocresía de mentirosos que tienen cauterizada la conciencia; prohibiendo casarse, y mandando abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado. Si esto enseñas a los hermanos, serás buen ministro de Jesucristo (I Tim. IV, 1-6). Y cuando leyó, dijo: Yo digo que esto fue designado y expresado por el Espíritu de profecía sobre vosotros, y sobre tales que dicen que alguna criatura de Dios es inmunda, y que dicen que todo concúbito, incluso el que se hace con esposa, es fornicación; esto es lo que dice, Prohibiendo casarse; digo que esto fue designado y expresado por el Espíritu de profecía. Pero si niegas que todo concúbito es fornicación, o si dices que todo alimento humano lícito y concedido para comer a los hombres es puro, no eres de aquellos que el Apóstol profetizó. Si, sin embargo, te encuentras en lo que dije, aquí tienes al apóstol Pablo destruyendo y anulando la doctrina del futuro Maniqueo. Así que responde a lo que pregunto: ¿Todo concúbito es fornicación, o el concúbito con esposa no es pecado?

CAPÍTULO VIII.

FEL. dijo: Que se me recite de nuevo lo que dijo el Apóstol. Y se recitó: Pero el Espíritu dice claramente, y lo demás que está arriba. FEL. dijo: Maniqueo no apostató de la fe, como dice Pablo, como los demás apostataron de la fe como en su secta: Maniqueo no apostató de ninguna secta, para que se diga que apostató de la fe.

AGUSTÍN dijo: Puesto que veo que no quieres responder a lo que se te pregunta, para no ser hallado o sin el Espíritu Santo, que ya hemos probado que fue enviado a los Apóstoles, o no estar en el número de aquellos que Pablo designó que habrían de venir, donde también os profetizó a vosotros mismos; brevemente respondo: Para que según tu entendimiento acepte lo que dijiste, Se apartarán de la fe: porque no se apartan de la fe, sino aquellos que estuvieron en alguna fe; Maniqueo, sin embargo, no estuvo en ninguna fe de la que se apartara, sino que permaneció en la que estaba: te pregunto esto, si Maniqueo, o más bien la doctrina de los demonios mentirosos que estaba en Maniqueo, no sedujo a ningún cristiano católico para que se apartara de la fe. Porque si muchos son seducidos por vosotros, y por

vosotros, y por esa doctrina, para que se aparten de la fe, y atiendan a espíritus seductores, como el que estaba en Maniqueo; y comiencen a decir que todo concúbiteo es fornicación, de donde el Apóstol dice, Prohibiendo casarse; y comiencen a decir que las carnes que los hombres comen no son creación de Dios, sino obra de los demonios, y que son impureza, es manifiesto que el Espíritu Santo Paráclito, que estaba en el apóstol Pablo, predijo de estos que se apartarían de la fe, atendiendo a espíritus seductores, como el que estaba en Maniqueo. Ahora bien, ya que he respondido, es justo que tú respondas a lo que te he preguntado, si no dices que todo concúbiteo es fornicación: o si no quieres responder a esto, responde a lo que primero te pregunté, para que pruebes que Maniqueo es apóstol de Cristo: o si tampoco quieres esto, permíteme refutar su doctrina, lo que prometí cuando se leyó su epístola, que llamáis Fundamento.

CAPÍTULO IX.

FELIX dijo: Yo respondo a lo que dice su Santidad, que en Pablo vino el Espíritu Santo Paráclito.

AGUSTÍN dijo: No solo en él.

FELIX dijo: Yo hablo de él: porque si en él, también en todos. Y si en él: pues Pablo en otra Epístola dice: En parte conocemos, y en parte profetizamos: pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será abolido (1 Cor. XIII, 9, 10). Nosotros, al oír a Pablo decir esto, vino Maniqueo con su predicación, y lo recibimos según lo que Cristo dijo, Enviaré al Espíritu Santo (Juan XVI, 7). Y Pablo vino y dijo que él mismo vendría, y después nadie vino; por eso recibimos a Maniqueo. Y porque vino Maniqueo, y por su predicación nos enseñó el principio, el medio y el fin: nos enseñó sobre la creación del mundo, por qué fue hecha, y de dónde fue hecha, y quiénes la hicieron; nos enseñó por qué el día y por qué la noche; nos enseñó sobre el curso del sol y la luna: porque esto no lo oímos en Pablo, ni en las escrituras de los demás Apóstoles: esto creemos, porque él es el Paráclito. Así que digo de nuevo lo que dije antes: si escucho en otra escritura, donde el Paráclito habla, es decir, el Espíritu Santo, sobre lo que quiera preguntar, y me enseñas; creo y renuncio.

CAPÍTULO X.

AGUSTÍN dijo: Dices que no crees que el Espíritu Santo Paráclito estaba en el apóstol Pablo, porque Pablo dice, En parte conocemos, y en parte profetizamos: y de ahí piensas que el Apóstol predijo con estas palabras que vendría otro después de él, que predicaría todo lo que él no pudo, porque hablaba en parte; y crees que este es Maniqueo. Primero, entonces, de la misma lectura del Apóstol nuestro de dónde decía esto el Apóstol. Luego, porque dijiste que Maniqueo os enseñó el principio, el medio y el fin, y cómo o por qué fue hecho el mundo, sobre el curso del sol y la luna, y sobre otras cosas que mencionaste; no se lee en el Evangelio que el Señor dijera, Enviaré al Paráclito que os enseñe sobre el curso del sol y la luna. Porque quería hacer cristianos, no matemáticos. Basta con que los hombres conozcan estas cosas, en la medida en que las aprendieron en la escuela, para usos humanos. Cristo, sin embargo, dijo que vendría el Paráclito, que os guiaría a toda la verdad: pero no dijo allí, Principio, medio y fin; no dijo, Curso del sol y la luna. O si piensas que esta doctrina pertenece a aquella verdad que Cristo prometió por el Espíritu Santo, te pregunto cuántas estrellas hay. Si recibiste ese Espíritu, del que dices, al que le corresponde enseñar estas cosas, que yo digo que no pertenecen a la disciplina y doctrina cristiana; es necesario que renuncies y me respondas. Porque te has hecho deudor, para que si pregunto algo sobre estas cosas, si no respondes, no aparezca en ti ese Espíritu, del que se dijo, Os guiará a toda la verdad (Juan XVI, 13); si esa

es la verdad a la que pertenecen estas cosas. Así que elige si quieres y estás preparado para responderme sobre estas cosas, como un hombre que ha recibido el Espíritu que guía a toda la verdad, y dices que pertenece a esa verdad conocer estas cosas mundanas. Así que yo puedo decirte lo que pertenece a la doctrina cristiana: pero tú, que piensas que pertenece a ella cómo fue hecho el mundo, y qué sucede en el mundo, es necesario que me respondas a todo. Pero claramente cuando respondas, lo probarás. Pero antes de que empieces a hablar, si acaso tienes algo que él haya inventado, a quien seguiste, primero te enseñaré lo que prometí, de dónde decía el Apóstol, En parte conocemos, y en parte profetizamos.

CAPÍTULO XI.

Porque decía, como la misma lectura indicará pronto, que en esta vida, cuando el hombre está, no puede alcanzar todo; pero en parte alcanza en esta vida: pero el mismo Espíritu Santo, que enseña en parte en esta vida, después de esta vida os guiará a toda la verdad. Para que esto se enseñe de la manera más clara, escucha al Apóstol. Y mientras decía, leyó del Apóstol: Pero las profecías se acabarán, las lenguas cesarán, la ciencia se acabará: porque en parte conocemos, y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará. Cuando era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño: pero cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño. Porque ahora vemos por espejo, oscuramente, pero entonces veremos cara a cara (1 Cor. XIII, 8-12). Y mientras leía, dijo: Ahora dime tú, si el Apóstol predijo los tiempos futuros de Maniqueo, si ahora ves a Dios cara a cara.

CAPÍTULO XII.

FELIX dijo: No puedo tanto contra tu virtud, porque es una virtud admirable el grado episcopal; además, contra las leyes de los Emperadores: y antes pedí brevemente que me enseñaras qué es la verdad; y si me enseñas qué es la verdad, se verá que lo que sostengo es mentira.

AGUSTÍN dijo: Ha quedado claro que no pudiste probar que Maniqueo es apóstol de Cristo: y por qué no pudiste, lo expongo brevemente. Dijiste que probabas que Maniqueo es apóstol de Cristo, porque Cristo prometió que vendría el Espíritu Santo Paráclito: y porque no encontrabas cuándo vino el que Cristo prometió, de ahí creías que era Maniqueo. Pero cuando probé por las Escrituras santas, eclesiásticas, canónicas, cuándo vino claramente el Espíritu Santo, que el Señor Cristo prometió que vendría, te volviste para decir que debía mostrarse qué enseñó, y si evacuó la doctrina de Maniqueo. Entonces, cuando respondí que Maniqueo fue después de los Apóstoles en la carne; pero su doctrina, antes de que Maniqueo naciera, fue predicada por ellos: sin embargo, dije que uno de sus Apóstoles, Pablo, por el Espíritu Santo, que vino sobre todos los Apóstoles, profetizó también sobre esta vuestra doctrina, que habría de venir, y la llamó doctrina de demonios mentirosos; donde mostré que lo que Pablo dijo que habría de venir en esa doctrina, pertenece a vuestra profesión, es decir, la prohibición de matrimonios; porque decís que todo concubito, incluso con esposa, es fornicación: y la abstinencia de alimentos que Dios creó; porque sé que decís que algunos alimentos son impuros, cuando él mismo sigue y dice, Toda criatura de Dios es buena (1 Tim. IV, 1-4). Cuando te exigí aquí que respondieras, dijiste que Maniqueo os enseña el principio, el medio y el fin, y el curso del sol y la luna, y otras cosas así, que cuando mostré que no pertenecen a la doctrina cristiana; respondiste que el mismo apóstol Pablo dijo que en parte conoce y en parte profetiza. Dije que no podemos conocer las cosas divinas, cuando estamos en esta vida; y aquí ver por espejo y enigma, pero entonces cara a cara: y te pregunté, si piensas que el apóstol Pablo dijo que vendría Maniqueo, que enseñaría lo que Pablo no podía, si te

conciérne a ti, que dices haber recibido ese Espíritu, ver ahora a Dios cara a cara. Lo que porque no puedes, es manifiesto que el apóstol Pablo habló de aquella vida, de la que también dice Juan: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: pero sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque le veremos tal como es (1 Juan III, 3). Cuando escuchaste esto, dijiste que no puedes contra mi virtud: que no es mi virtud, sino que si hay alguna, me ha sido dada por él para refutar errores, que es la virtud de todos sus fieles, y de los que confían plenamente en él. También dijiste que te asusta la autoridad episcopal: cuando ves con cuánta paz tratamos entre nosotros, con cuánta tranquilidad discutimos; cómo el pueblo presente no te hace violencia, no te infunde terror, sino que escucha tranquilamente, como corresponde a los cristianos. También dijiste que temes las leyes de los Emperadores: esto por la verdadera fe no lo temería quien estuviera lleno del Espíritu Santo: pues también el apóstol Pedro en la pasión del Señor tuvo miedo, y lo negó tres veces; pero cuando el Paráclito, que Cristo prometió, el Espíritu Santo, lo llenó, fue crucificado por la fe del Señor; y aquel que primero tuvo la negación por miedo, después cumplió la gloriosísima pasión de la confesión. Así que por esto mismo que dijiste que temes las leyes de los Emperadores, aunque también por las demás cosas, es bastante evidente que no encontraste el Espíritu Paráclito de la verdad: porque incluso si no temieras, por otras cosas serías convencido.

FELIX dijo: Y los Apóstoles tuvieron miedo.

AGUSTÍN dijo: Tuvieron miedo para precaverse, no para dudar en proclamar su fe cuando fueron capturados. Pero tú ya debiste temer aquí, para que no te encontráramos aquí: ya estás en medio; ¿por qué temes, sino porque no tienes qué decir? Pues incluso si temieras a los Emperadores, antes habrías callado. Ahora bien, cuando ayer entregaste un escrito al Curador, y públicamente clamaste, con tus códices, que estabas dispuesto a ser quemado, si se encontraba algo malo en ellos; de donde ayer clamabas por las leyes como valiente, hoy huyes de la verdad como temeroso.

CAPÍTULO XIII.

FELIX dijo: No huyo de la verdad.

AGUSTÍN dijo: Entonces di, si ves a Dios cara a cara, según tu promesa; porque dijiste que el apóstol Pablo habló de vosotros diciendo que recibiríais una verdad tan plena: para que entendamos, o creamos, que el Apóstol tenía en parte, y tú todo.

FELIX dijo: No huyo de la verdad, sino que busco la verdad. Lo que tú dices, porque no lo sostengo, que se me pruebe por las Escrituras divinas: eso busco ya.

AGUSTÍN dijo: Primero confiesa que no pudiste probar que Maniqueo es apóstol de Jesucristo: y en cuanto pueda, cuando todo lo contrario haya sido extirpado de tu corazón por mi ministerio, con la ayuda del Señor, te implantaré lo que sabe la ciencia de la verdad, que conduce a Dios, comenzando por la fe.

FELIX dijo: Porque dices esto, que niegue mi ley, y acepte otra, al menos mejor, que es lo que busco yo; no respondo esto, que niegue mi ley antes de aceptar otra.

AGUSTÍN dijo: Pero primero se vierte del vaso lo que tiene de adverso, y así se llena de lo que es bueno: o si aún dudas en verter, defiende lo que estás lleno. Pues te mostraré, en cuanto el Señor me ayude, cuánta inmundicia y blasfemias está llena la doctrina de Maniqueo, si permites que se lea esa epístola, de cuyo inicio ya tratamos, y no pudiste probar

que Maniqueo es apóstol de Cristo: pero por eso pones trabas, para que no se lean las demás, donde claramente se descubren vuestras sacrilegios; o si permites, que se lean.

FELIX dijo: Permito; porque dijiste que todo lo inmundo se vierte, y así se introduce lo bueno: pues eso fue dicho por su Santidad. A lo que yo también digo: Nadie vierte agua, a menos que otro la llene.

AGUSTÍN dijo: Ves cuán inconsideradamente dijiste eso, para hablar más suavemente, y no decir locamente. Sin duda te puse la semejanza del vaso: en un vaso lleno nadie puede poner nada, a menos que se vierta aquello de lo que estaba lleno.

FELIX dijo: Dijiste uno, y yo dije dos.

AGUSTÍN dijo: Si dijiste dos vasos, ¿quieres que vaciemos a tu igual y lo llenemos, para que puedas verter lo que tienes?

FELIX dijo: Ambos tenemos una misma agua.

AGUSTÍN dijo: Entonces, ya que ambos estáis llenos de vuestra agua, ¿qué llenaremos, para enseñaros, a menos que alguno de vosotros vierta lo que tiene? O si es bueno, y por eso debe ser retenido para ser defendido y leída esa epístola, veamos si al menos las demás pueden ser defendidas, si en el mismo inicio fallaste: o si dices que en eso no fallaste, pruébanos cómo Maniqueo es apóstol de Cristo.

CAPÍTULO XIV.

FELIX dijo: Cristo dijo que enviaría al Espíritu Santo, que os guiaría a toda la verdad.

AGUSTÍN dijo: Si lo tienes, atiende a lo que ya te pregunté hace tiempo. Porque dijiste que pertenece a su doctrina conocer incluso estas cosas mundanas: dime cuántas estrellas hay, si has sido guiado a toda esta verdad.

FELIX dijo: Y yo digo, porque si el Paráclito habló por los Apóstoles, y por Pablo: y yo pido a su Santidad, que me muestres eso que ya dije.

AGUSTÍN dijo: Confiesa que no pudiste mostrar lo que yo pregunté, y mostraré según las Escrituras lo que pertenece a la fe cristiana.

FELIX dijo: Y yo, si me traes las escrituras de Maniqueo, los cinco autores que te dije, cualquier cosa que me preguntes, te lo pruebo.

AGUSTÍN dijo: De esos cinco autores es esta epístola, cuyo principio hemos abierto, y encontramos allí escrito, Maniqueo apóstol de Jesucristo: y veo que no me expones ese principio, porque no pruebas cómo Maniqueo es apóstol de Jesucristo.

FELIX dijo: Si en esto no lo pruebo, en el segundo lo pruebo.

AGUSTÍN dijo: ¿En cuál segundo?

FELIX dijo: En el Tesoro.

AGUSTÍN dijo: Ese tesoro, que por eso llamáis con tal nombre, para seducir a los miserables, ¿quién lo escribió? ¿Maniqueo? No quiero que me pruebes por él: porque ese Maniqueo miente, diciendo que es lo que no es.

FELIX dijo: Tú pruébame por otro.

AGUSTÍN dijo: ¿Qué quieres que te pruebe?

FELIX dijo: Que Maniqueo miente.

AGUSTÍN dijo: Porque tú no puedes probar que Maniqueo dice la verdad, ¿es necesario que yo pruebe que Maniqueo mintió?

FELIX dijo: ¿Por qué no pude probarlo? ¿Acaso se han presentado las escrituras que pedí, y no lo probé?

AGUSTÍN dijo: Pero pides las escrituras de Maniqueo, a las que no tenemos fe: pruébalo de otra manera. Yo, sin embargo, de la misma escritura de Maniqueo te pruebo que Maniqueo mintió, y blasfemó Maniqueo.

FELIX dijo: Que se traigan los libros.

AGUSTÍN dijo: Está presente la epístola de Maniqueo, que llamáis Fundamento. En un edificio no hay otro inicio, sino el fundamento: si te muestro que en ese mismo fundamento hizo ruina, ¿por qué buscamos la construcción restante?

CAPÍTULO XV.

FELIX dijo: Dices esto, mostrando que hay ruina en ella: y yo digo, da árbitros cuantos tú tienes, y te pruebo que no miente.

AGUSTÍN dijo: Lejos de nosotros y del género humano que cuantos ves aquí, tantos veas Maniqueos.

FELIX dijo: Da, dije, lo que te pedí.

AGUSTÍN dijo: ¿A quiénes quieres entonces que te dé?

FELIX dijo: A quienes tú quieras.

AGUSTÍN dijo: Yo doy a estos; si tienes mejores, pide.

FELIX dijo: ¿Cómo das a estos?

AGUSTÍN dijo: A los presentes que nos escuchan.

FELIX dijo: Estos no me favorecen.

AGUSTÍN dijo: Entonces buscas a aquellos que te favorezcan, no a los que favorezcan la verdad.

FELIX dijo: Que me escuchen, y no solo a mí, sino también a la misma escritura, para que se pruebe si dice la verdad, o miente.

AGUSTÍN dijo: Ves entonces que escuchan. Leamos lo demás: porque tú confesaste que esta epístola es de Maniqueo.

FELIX dijo: No lo niego.

AGUSTÍN dijo: Entonces que se lea.

CAPÍTULO XVI.

FELIX dijo: No tengo árbitros. Y añadió: Que se lea el capítulo de ella. Y cuando se leía, y se llegó al lugar donde la misma epístola tiene escrito, La paz de Dios invisible y el conocimiento de la verdad esté con sus hermanos y amadísimos, que creen igualmente en los mandamientos celestiales y les sirven: pero que la diestra de la luz os proteja y os libre de toda incursión maligna, y del lazo del mundo; y que la piedad del Espíritu Santo abra lo más íntimo de vuestro pecho, para que con esos mismos ojos veáis vuestras almas; Félix dijo: Da escritura que refute esto.

AGUSTÍN dijo: Aún no hemos escuchado nada malo, excepto que el maniqueo se atrevió a llamarse apóstol de Cristo. Pues lo que ha dicho hasta ahora pertenece al revestimiento de la falsedad y a la piel de oveja, con la que primero dice palabras buenas para poder introducir las malas. Pero veamos qué quiere introducir con estas palabras. Si introduce algo malo, estas palabras también serán malas y engañosas; si dice algo bueno y verdadero más adelante, lo comprenderemos por necesidad. Permite, entonces, que se lean las siguientes.

FELIX dijo: Si afirmas que al principio se ponen cosas buenas y luego se introducen las malas, ¿cómo puedo creerte cuando primero me has dicho cosas buenas?

AGUSTÍN dijo: Aún no he dicho que estas cosas sean ni buenas ni malas. Dije que aún no hemos escuchado nada malo; no dije que ya hemos escuchado algo bueno. Solo dije que era malo que se atreviera a llamarse apóstol de Cristo. Las palabras que dijo a continuación serán malas si introducen algo malo; serán buenas si introducen algo bueno. Permite, entonces, que se lean las siguientes: ¿por qué temes?

FELIX dijo: No temo.

AGUSTÍN dijo: Permite, entonces, que se lean.

FELIX dijo: Que se lean.

CAPÍTULO XVII.

Y cuando se leía y se llegó al lugar donde está escrito: "Así están fundados sus espléndidos reinos sobre la tierra luminosa y bienaventurada, que por nadie pueden ser movidos ni sacudidos", Agustín dijo: ¿De dónde tenía esta tierra que menciona? ¿La hizo, la engendró, o era igual y coeterna a él? Me refiero a esta tierra luminosa y bienaventurada que menciona.

FELIX dijo: ¿Cómo está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra, y la tierra era invisible e inmaculada e informe"? Yo lo entiendo así: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra, y la tierra era": me parece que hay dos tierras, según lo que dice Maniqueo de dos reinos.

AGUSTÍN dijo: Ya que has mencionado nuestra Escritura, que soléis blasfemar, me corresponde exponerla y mostrarte que está escrita sin blasfemia, con verdad y no según Maniqueo; para que luego tú me respondas en segundo lugar lo que te he preguntado.

FELIX dijo: Respondo.

AGUSTÍN dijo: Lo que está escrito: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", la Escritura resume brevemente lo que Dios hizo. Luego, como aún no aparecía esta tierra que había hecho, antes de distinguirla y adornarla, la Escritura siguió explicando qué tipo de tierra había hecho Dios, de la que había dicho: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", como si al escuchar "En el principio creó Dios el cielo y la tierra", preguntáramos qué tipo de tierra, añadió y dijo: "La tierra, es decir, la que Dios había hecho, era invisible e informe" (Gén. I, 1, 2). No dijo, por tanto, dos tierras, sino que explicó cómo era aquella. Ahora respóndeme brevemente lo que te pregunté: ¿Esta tierra luminosa y bienaventurada que dice Maniqueo, sobre la cual estaban fundados los reinos de Dios, fue hecha por Dios, engendrada por él, o era coeterna a él? Responde uno de los tres, si no es molestia, sin evasivas.

FELIX dijo: La misma escritura se interpreta a sí misma.

AGUSTÍN dijo: Si sabes que hay algún lugar aquí donde la escritura dice que Dios engendró esa tierra, la hizo, o era coeterna a él, abre el lugar que conoces y léemelo.

FELIX dijo: No está en esta escritura, sino en otra.

AGUSTÍN dijo: Entonces creo que, si existe esa escritura, recuerdas lo que dice allí. Así que respóndeme tú, que conoces esa escritura: y si digo que no es así, me convencerás. Si lo reconozco así, discutiré según lo que tú mismo respondas. Dime, entonces, si Dios hizo esta tierra, la engendró, o era coeterna a él: tú que leíste en no sé qué libro, donde dices que está escrito esto.

FELIX dijo: Como tu Santidad ha interpretado tu Escritura como quisiste y lo acepté, así acepta lo que yo diga.

AGUSTÍN dijo: Mientras tanto, lo que pregunté, si no me mueve nada en contra, lo acepto: si algo me mueve, te indicaré mi inquietud para que respondas a ella.

FELIX dijo: No he respondido a tus palabras.

AGUSTÍN dijo: Porque primero debes responderme a lo que te pregunté, sin embargo, también te respondí primero: tal vez no te movió, por eso no respondiste, tal vez tampoco me moverá cuando respondas. Responde, entonces, a lo que te pregunté.

CAPÍTULO XVIII.

FELIX dijo: Respondo. Y añadió: Dijiste, entonces, sobre aquella tierra en la que habita Dios, si fue hecha por él, si la generó, o si es coeterna a él. Y yo digo que así como Dios es eterno, y no hay obra alguna en él, todo es eterno.

AGUSTÍN dijo: Entonces, ¿no la engendró ni la hizo?

FELIX dijo: No, sino que es coeterna a él.

AGUSTÍN dijo: Si la hubiera engendrado, no sería coeterna a él.

FELIX dijo: Lo que nace tiene fin; lo que no ha nacido, no tiene fin.

AGUSTÍN dijo: Entonces, ¿a quién era padre, o de quién era padre, a quien ahora llamaste padre? Si no había engendrado nada, no podía ser padre.

FELIX dijo: Pero hay otras cosas que generó.

AGUSTÍN dijo: Entonces, ¿esas cosas que generó no son coeternas a él, o también son coeternas?

FELIX dijo: Todo lo que Dios generó es coeterno a él.

AGUSTÍN dijo: Entonces te equivocaste cuando dijiste antes: "Todo lo que nace tiene fin".

FELIX dijo: Mientras hablaba según la generación de la carne, me equivoqué.

AGUSTÍN dijo: Confesando el error con gran modestia, mereces entender la verdad.

FELIX dijo: Que Dios lo haga.

AGUSTÍN dijo: Presta atención ahora, para que comiences a reconocer el error de esta escritura. Si lo que Dios generó no es coeterno a él, es mejor aquella tierra que no generó Dios, donde habitan todas las cosas que Dios generó, que la tierra que dices no fue generada por él.

FELIX dijo: Todo se iguala, tanto lo que generó como lo que no generó, es decir, aquella tierra donde habitaba.

AGUSTÍN dijo: ¿Y qué, él que generó, es igual a todas esas cosas, o es mayor que ellas?

FELIX dijo: Tanto el que generó, como los que generó, y donde están situados, todo es igual.

AGUSTÍN dijo: Entonces, ¿son de una sola sustancia?

FELIX dijo: De una sola.

AGUSTÍN dijo: ¿Lo que es Dios Padre, eso son sus hijos, y eso es aquella tierra?

FELIX dijo: Todos son uno.

AGUSTÍN dijo: Entonces, ¿de esta tierra no es padre, sino habitante?

FELIX dijo: Así es.

AGUSTÍN dijo: Así que ni la engendró ni la hizo, ¿cómo le pertenece sino solo por vecindad? No veo cómo, como si alguien tuviera un buen vecino: y ya serán dos cosas, ambas no engendradas, la tierra y el padre.

FELIX dijo: Más bien son tres, el padre no engendrado, la tierra no engendrada, y el aire no engendrado.

AGUSTÍN dijo: ¿Todo esto es una sola sustancia?

FELIX dijo: Una.

AGUSTÍN dijo: ¿Y está tan fundado que por nadie puede ser movido ni sacudido?

FELIX dijo: El movimiento y la sacudida tienen diferencia.

AGUSTÍN dijo: Que la tengan: pero, sin embargo, ¿eran tales que por nadie podían ser movidos ni sacudidos?

FELIX dijo: Hay diferencia entre ser movido y ser sacudido.

AGUSTÍN dijo: No te pregunto sobre eso.

FELIX dijo: Pero quieres atraparme con eso.

AGUSTÍN dijo: Como quieras, acepta "ser movido": ¿no podía ser movido?

FELIX dijo: No digo que no podía ser movido, pero el movimiento es diferente.

AGUSTÍN dijo: Pero dije: "Ni movido, ni sacudido". No dije: "Puede ser movido, pero no sacudido"; o "Puede ser sacudido, pero no movido": sino que dije ambas cosas, que no puede ser ni movido ni sacudido.

FELIX dijo: Hay diferencia entre ambas cosas, entre ser movido y ser sacudido.

CAPÍTULO XIX.

AGUSTÍN dijo: Leamos, entonces, lo que sigue, veamos si este Dios que tenía sus reinos fundados sobre la tierra luminosa y bienaventurada, que por nadie pueden ser movidos ni sacudidos, no temió a nadie, como debería ser que no temiera a nadie, cuyos reinos estaban tan fundados que por nadie podían ser movidos ni sacudidos. Y leyó lo que sigue: "Junto a una parte y lado de aquella tierra ilustre y santa". Y cuando leía, preguntó: ¿Qué lado? ¿Derecho o izquierdo?

FELIX dijo: No puedo interpretar esta escritura para ti, ni exponer lo que no está allí: ella misma es su intérprete; no puedo decirlo, no sea que incurra en pecado.

AGUSTÍN dijo: Leamos, entonces, lo que sigue. Y cuando leía, y se llegó al lugar donde dice: "El Padre de la luz beatísima, sabiendo la gran mancha y devastación que surgiría de las tinieblas, que amenazaba a sus santos siglos, a menos que opusiera una deidad excelsa y poderosa en virtud, con la cual superara y destruyera la estirpe de las tinieblas, para que, una vez extinguida, se preparara un descanso perpetuo para los habitantes de la luz"; Agustín dijo: Ahora que han comenzado las blasfemias abiertas, si crees que deben ser defendidas, di qué podía hacerle esta gente de las tinieblas, que parece que Dios temió, no fuera que una gran mancha y devastación de las tinieblas irrumpiera en sus reinos, y qué daño podía hacerle a Dios; especialmente cuando dijo que sus reinos estaban tan fundados que por nadie podían ser movidos ni sacudidos. ¿Qué, entonces, le haría esta gente? ¿Podía hacerle daño o no? Responde uno de los dos.

FELIX dijo: Yo respondo: Si nada es contra Dios, según lo que dice la escritura de Maniqueo, que hay otro reino; ¿por qué razón fue enviado Cristo, para liberarnos de la trampa de esta muerte? ¿De quién es esta trampa y muerte? Si no hay adversario contra Dios,

¿para qué fuimos bautizados? ¿Para qué la Eucaristía, para qué el cristianismo, si nada es contra Dios?

AGUSTÍN dijo: Porque veo que no quieres responder a lo que te pregunto, y me preguntas para que te responda; y no lo rehúso: pero recuerda que yo te respondo a ti que preguntas, pero tú no quisiste responderme a mí que te preguntaba. Pero como me has preguntado, escucha lo que preguntaste. Nosotros decimos que Cristo vino como libertador, y decimos que nos libera de nuestros pecados, porque no somos engendrados de la sustancia de Dios, sino hechos por Dios a través de su Verbo. Hay mucha diferencia entre lo nacido de la sustancia de Dios y lo hecho por Dios que no es de la sustancia de Dios. Por tanto, todo lo que Dios hizo puede ser mutable; pero Dios mismo no es mutable: porque no pueden igualarse las obras al artífice y creador. Pero tú, que poco antes a mi pregunta dijiste que "tanto el Padre que generó allí a los hijos de la luz, como el aire, y la misma tierra, y los mismos hijos son una sola sustancia, y todo es igual"; debes decirme cómo esta sustancia, ciertamente incorruptible, podía ser dañada por la gente de las tinieblas. Si podía dañarla, no era una naturaleza incorruptible: si no podía, no había razón para que librara una batalla y enviara esa deidad que menciona.

FELIX dijo: Pido un aplazamiento para poder responder.

AGUSTÍN dijo: ¿Cuándo? ¿Basta con un día de aplazamiento?

CAPÍTULO XX.

FELIX dijo: Concédeme tres días, es decir, hoy, mañana y pasado mañana, o hasta el día después del domingo, es decir, el día antes de los idus de diciembre.

AGUSTÍN dijo: Veo que has pedido un aplazamiento para responder; es humano que se te conceda: pero si no puedes responder en el día señalado, ¿qué sucederá?

FELIX dijo: Seré vencido.

AGUSTÍN dijo: ¿Y si huyes?

FELIX dijo: Seré culpable ante esta ciudad, y en todas partes, y de mi ley.

AGUSTÍN dijo: Más bien di esto: Si huyo, que se me considere como si hubiera anatematizado al maniqueo.

FELIX dijo: No puedo decir eso.

AGUSTÍN dijo: Entonces dinos abiertamente que piensas huir, y nadie te detiene.

FELIX dijo: No huyo.

AGUSTÍN dijo: Como veo, no quieres irte como vencido: pero al menos di esto, Si huyo, estoy vencido.

FELIX dijo: Lo he dicho.

AGUSTÍN dijo: ¿Y cómo se verá que has huido por los Actos?

FELIX dijo: Ordena que esté con quien elija.

AGUSTÍN dijo: Elige a alguien de estos hermanos presentes, que están junto al cancel.

FELIX dijo: Estaré con el que está en el medio.

AGUSTÍN dijo: Como has elegido, estarás con él hasta el día.

FELIX dijo: Sí, y yo lo consiento.

BONIFACIO dijo: Cristo proveerá, para que si vengo con él, sea cristiano.

Agustín, obispo de la Iglesia católica de Hipona, suscribí estos Actos en la iglesia ante el pueblo.

Felix, cristiano, seguidor de la ley de Maniqueo, suscribí estos Actos en la iglesia ante el pueblo.

LIBRO SEGUNDO. ACTAS DEL SEGUNDO DÍA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Cuando llegó el día señalado, es decir, el día antes de los idus de diciembre, se comenzó a tratar el asunto en la iglesia de la Paz. AGUSTÍN, obispo de la Iglesia católica de las regiones de Hipona, dijo: Recuerdas que cuando teníamos la conversación, pediste un aplazamiento, ya que no podías responder en el momento a lo que había preguntado. Si, entonces, en tan amplio espacio de tiempo, después del quinto día, has pensado en algo, responde. Pues entonces pregunté: Si nada podía dañar a Dios, ¿por qué libró una guerra con la gente que llamáis de las tinieblas, en la cual mezcló la sustancia de su naturaleza con la de los demonios, que es lo mismo que él, como ya dijiste cuando te pregunté? Pero si podía dañarlo, no adoráis a un Dios incorruptible, como lo testifica la verdad y la doctrina apostólica.

FELIX dijo: Desde que me separé de tu Santidad, para regresar en el día señalado y responder a tu pregunta, cualquier cosa que quisieras preguntar, llegó el día: y como no tuve ninguna escritura en mis manos, porque no me fueron devueltas para poder instruirme; pues nadie sale a la batalla sin estar primero armado, y ningún litigante puede litigar sin sus documentos; de la misma manera, yo no puedo responder sin mi escritura.

AGUSTÍN dijo: Esta evasiva que has ideado en tanto tiempo no podrá ayudarte en una causa perdida y en un error sacrílego. Pues es conocido por todos los que estaban presentes, a quienes también veo aquí ahora, que solo pediste un aplazamiento de días: pero debiste pedir también los códigos cuando pediste el aplazamiento, si pensabas que con ellos podrías instruirte para responder; lo cual no hiciste. Sé que pediste los códigos, no para instrucción, sino mucho antes de pedir el aplazamiento: pero cuando pediste el aplazamiento, no mencionaste que te devolvieran e inspeccionaran los códigos para estar más instruido.

FELIX dijo: Ahora pido los códigos, que me sean devueltos, y vendré al debate después de dos días; y si soy vencido, aceptaré lo que decidas.

AGUSTÍN dijo: No creo que seas un novato en esta secta perversa, lo cual también admites. Pero aunque no admitas que no tienes respuesta, todos ya lo ven. Pero como reclamas tus códigos, que están bajo custodia pública, y dices que, al inspeccionarlos, podrás venir instruido después de dos días; recuerda que ya se ha demostrado que no pudiste responder a

las preguntas planteadas. Toma, entonces, tus códices, y di qué quieres que se te traiga de ellos, para que ahora los inspecciones y respondas.

FELIX dijo: Todas las escrituras que me fueron quitadas. Pues esta es la epístola del Fundamento, que tu Santidad bien sabe, y que yo dije, que contiene el principio, el medio y el fin. Que se lea, y cualquier mal que se objete a mi ley, que se pruebe: y niego esa ley si se prueban los crímenes que se le imputan.

AGUSTÍN dijo: Ya que admites que esta es la epístola donde se contiene el principio, medio y fin de vuestra doctrina, este principio es tan sacrílego, donde decís que Dios luchó contra la gente de las tinieblas y mezcló su parte, que es lo mismo que él, con la naturaleza de los demonios para ser contaminada y atada, que apenas puede ser soportado por los oyentes: esto es lo que se objeta primero a vuestra secta, ya sea que lo llames principio, medio o fin, no me importa mucho; sin embargo, no niegas que esto se leyó de esta epístola, que admites ser de Maniqueo; esto se os objeta, defiéndelo si puedes, para que pasemos a otras cosas. Por lo tanto, pregunto de nuevo: si adoráis a un Dios incorruptible, ¿qué podía dañarle la gente adversa que inventáis? Si nada podía dañarle, no había razón para que mezclara su parte con la naturaleza de los demonios. Pero si podía dañarle, no adoráis a un Dios incorruptible.

CAPÍTULO II.

FEL. dijo: Maniqueo dice que hay dos naturalezas, y ahora se le culpa por decir que hay dos, una buena y otra mala. Cristo en el Evangelio dice que hay dos árboles: Un árbol bueno nunca da fruto malo, y un árbol malo nunca da fruto bueno (Mat. VII, 17). He aquí dos naturalezas. Luego en el Evangelio está escrito: ¿No sembraste buena semilla en el campo? ¿De dónde salieron las cizañas? Esto lo hizo el enemigo (Id. XIII, 27, 28). Este enemigo, si no es ajeno a Dios, que se me demuestre: si este enemigo pertenece a Dios, ¿qué clase de semilla sembró? También en el Evangelio está escrito, diciendo Cristo, que en los últimos tiempos pondrá su trono en medio del mundo, y enviará a sus ángeles al oriente y al occidente, al norte y al sur, y reunirá a todas las naciones ante él, y los separará, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos. Y para resumir, a las ovejas les dirá: Id al reino que os está preparado desde el origen del mundo. A los cabritos, que están a la izquierda, les dirá: Apartaos de mí, los que habéis obrado iniquidad: pues llevasteis mi nombre, pero no hicisteis las obras; id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Id. XXV, 31-41). ¿Quiénes son los que llevan el nombre de Cristo y son enviados al fuego eterno con el diablo y sus ángeles; y a qué parte pertenecen aquellos con quienes Cristo no se mezcla, y llevan su nombre? Esto es lo que dice Maniqueo, que aquellos a quienes Cristo condena, no son de él. Pues el apóstol Pablo dice: La prudencia de la carne es enemiga de Dios; porque no se sujeta a la ley de Dios, ni puede (Rom. VIII, 7). Esto dice Maniqueo, que lo que es enemigo de Dios, no pertenece a Dios: si pertenece a Dios, él mismo se hizo enemigo: esto no lo dice Maniqueo. De nuevo Pablo dice: El dios de este siglo ha cegado las mentes de los incrédulos, para que no vean la claridad del Evangelio de Cristo, que es la imagen de Dios (II Cor. IV, 4). El mismo Pablo dice de nuevo: Se me dio un aguijón en la carne, un ángel de Satanás que me abofetea día y noche: por lo cual rogué tres veces al Señor que se apartara de mí; y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad (Id. XII, 7-9). He aquí lo que dijo el Apóstol, he aquí lo que dijo el Evangelista: cuando Maniqueo afirma esto, que es ajeno a Dios, quien luchó contra Dios: ya sea porque Cristo fue crucificado, ya sea porque todos los Apóstoles por mandato de Dios; aquel que los crucificó, a quien no le agradó el mandato de Dios, que me diga tu Santidad si pertenece a Dios.

CAPÍTULO III.

AUG. dijo: Las Escrituras sagradas, que al no entenderlas os alejáis mucho de la verdad, quisiste recordar, como si de ellas trajeras apoyo a vuestras vanas palabras. Sin embargo, entre todo lo que en parte recordaste como verdaderamente está escrito, en parte de manera diferente a como está escrito, en ninguna parte pudiste mostrar que Dios, queriendo repeler una naturaleza hostil que amenaza sus reinos, para tener paz, mezclando su parte, que es lo que él mismo es, con la naturaleza contraria de los demonios, hizo que fuera atada y contaminada por ellos. Esto es lo que se os objeta, de lo cual no encontrando qué responder, recordaste capítulos de las Escrituras divinas, donde se dice de los pecadores que no pertenecen a la vida bienaventurada, que Dios da a los buenos y fieles: y quisiste tomar esto como dos naturalezas, según los delirios de Maniqueo. Pero la verdad dice que todas estas cosas que vemos y que no vemos, que subsisten naturalmente, fueron hechas por Dios: en las cuales la criatura racional, también hecha, ya sea en los ángeles o en los hombres, recibió el libre albedrío; con el cual libre albedrío, si quisiera servir a Dios, según la voluntad y la ley de Dios, tendría con él la felicidad eterna: pero si no quisiera someterse a su ley, sino que usara su poder contra su mandato, según su justicia estaría sujeta a la pena debida. Esta es la omnipotencia de Dios en la creación de todas las cosas, esta es la justicia en la recompensa de los pecadores. Que haya libre albedrío, y que cada uno peque si quiere, no peque si no quiere, no solo lo pruebo en las Escrituras divinas, que no entendéis, sino también en las palabras del mismo Maniqueo vuestro. Pues, acorralado, ve el poder de la verdad, contra la cual había intentado introducir otra naturaleza que Dios no hizo, contra Dios, no con verdad sólida, sino con un vano fantasma: sin embargo, para confesar la verdad sobre el libre albedrío, prevaleció en él más la naturaleza humana en la que Dios lo hizo, que la fábula sacrílega que él mismo se inventó.

CAPÍTULO IV.

Escucha, pues, sobre el libre albedrío, primero al mismo Señor, donde menciona dos árboles, de los cuales tú mismo hiciste mención: escucha diciendo, O haced el árbol bueno y su fruto bueno, o haced el árbol malo y su fruto malo (Mat. XII, 33). Cuando dice, O haced esto, o haced aquello; indica poder, no naturaleza. Pues nadie sino Dios puede hacer un árbol: pero cada uno tiene en su voluntad, o elegir lo que es bueno, y ser un árbol bueno; o elegir lo que es malo, y ser un árbol malo: no porque las cosas malas que se eligen tengan alguna sustancia en sí mismas; sino porque Dios, todo lo que creó, lo creó con sus grados, y lo distinguió por géneros, celestiales y terrenales, inmortales y mortales, y todo lo bueno lo creó en su género: colocó al alma con libre albedrío, bajo él mismo y sobre las demás cosas; para que si sirviera al superior, dominara al inferior; pero si ofendiera al superior, sintiera la pena del inferior. Por lo tanto, el Señor diciendo, O haced esto, o haced aquello; mostró que estaba en su poder lo que hicieran, él seguro y cierto en sí mismo como Dios; y porque si eligieran el bien, recibirían su recompensa, si eligieran el mal, sentirían su pena: siempre él es justo, ya sea como remunerador, o como condenador.

CAPÍTULO V.

Escucha, pues, cómo el mismo Maniqueo, tan perverso, tan soberbio, que al introducir otra naturaleza, se hacía igual a Dios, y rebajaba a Dios a sí mismo, confesó sin embargo que hay libre albedrío: en vuestro Tesoro, al que le disteis tal nombre para engañar a los hombres, ciertamente habla así, lo cual tú mismo conoces. Aquellos que por su negligencia no se permitieron ser purgados de la mancha de los espíritus mencionados, y obedecieron poco a los mandatos divinos en su totalidad, y no quisieron guardar plenamente la ley dada por su

libertador, ni se gobernaron como debían, etc. Ves en estas palabras confirmado, incluso por alguien que no sabía lo que decía, el libre albedrío. Pues quien no quiere guardar la ley, está en su poder si quiere. No dijo, No pudieron; sino, no quisieron. Esto ciertamente que no quieren guardar la ley, no lo son obligados por la gente de las tinieblas: pues si son obligados, no quieren, sino que no pueden; pero si no quieren, no son obligados a no hacerlo, sino que por su voluntad no quieren. Esto, pues, que está en su voluntad no querer, es ciertamente pecado sin ninguna necesidad de la gente de las tinieblas. Reconoce esto como pecado sin necesidad de la gente de las tinieblas: y de ahí ves de dónde vienen todas las culpas, de dónde los méritos de las culpas, de dónde las distribuciones de las penas.

CAPÍTULO VI.

También tenéis esto en las escrituras apócrifas, que el canon católico no admite, pero para vosotros son tanto más graves cuanto más se excluyen del canon católico. También recordaré algo de allí, cuya autoridad no me obliga, pero tú eres convencido. En los Hechos escritos por Leucio, que escribe como si fueran los Hechos de los Apóstoles, tienes puesto así: Pues las hermosas ficciones, y la ostentación simulada, y la coacción de las cosas visibles, no proceden de su propia naturaleza, sino de aquel hombre que por sí mismo se hizo peor por la seducción. Mira cómo aquí, y dice por sí mismo, y por seducción. Pues el diablo fue seductor del hombre, no pecador por naturaleza, sino pecador primero por voluntad. Pero porque estaba en el poder del hombre no consentir al seductor, por eso se puso, y por sí mismo, y por seducción: para que en lo que se puso, por sí mismo, el libre albedrío; en lo que se puso, por seducción, entiendas al diablo, no opresor del que no quiere, sino tentador del que quiere.

CAPÍTULO VII.

Por tanto, porque yo respondí, y en cuanto pude probé que lo que está escrito en los Libros santos sobre los pecadores y los justos, no pertenece a la diversidad de naturalezas, sino a la distinción de méritos, en los cuales los méritos no los hace la necesidad de la naturaleza; sino la voluntad la culpa; responde tú a lo que ya pregunté: Si nada podía dañar a Dios, ¿por qué mezcló su parte, su sustancia, lo que él mismo es, para ser contaminada y atada por los demonios, lo cual no pudiste encontrar en ninguna Escritura divina canónica: pero si podía dañarle, no adoráis a un Dios incorruptible, de quien el Apóstol dice, Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, incorruptible, al único Dios sea honor y gloria por los siglos de los siglos (I Tim. I, 17). Finalmente, el mismo dice: Dios habita en luz inaccesible (Ibid. VI, 16). ¿Acaso a esa luz no se acercan los santos, de quienes está escrito, Acercaos a él, y seréis iluminados (Sal. XXXIII, 6)? ¿Acaso a esa luz no se acercan de quienes se dice, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8)? Pero porque no puede acercarse a ella, sino a quien Dios mismo le haya dado que se acerque, por eso en sí misma es inaccesible. Pues nadie puede acercarse a ella, a quien Dios no quiera que se acerque: pero a quien le haya dado, él se acercará. ¿Cómo, pues, podía la gente de las tinieblas acercarse a la morada de Dios, donde está la luz inaccesible, a la que no se acerca sino a quien Dios le haya dado? O si había recibido el don de Dios para acercarse, no lo daría para atacar el reino de Dios, y no temería. Pero si no había dado tal don para que pudiera acercarse; estaba seguro en su reino, habitando en la luz inaccesible: ¿qué podía temer de la gente de las tinieblas, para mezclarle su parte, su sustancia, lo que él mismo es, para ser atada, oprimida, contaminada, donde no solo sería miserablemente retenida, sino también vergonzosamente purgada? Pues para que sea purgada de allí, decís lo que es impío escuchar, pero para confundirlos y tal vez salvarlos, no podemos callar: para que sea purgada de allí la parte de Dios, decís en la nave de luz, que llamáis sol, haciendo injuria al Creador del sol, y al mismo sol que así decís hecho, donde se celebra tanta torpeza: decís que allí puesto Dios,

convierte sus virtudes en varones, para irritar las concupiscencias de los demonios femeninos; y a los mismos los convierte de nuevo en mujeres, para irritar las concupiscencias de los demonios masculinos; para que cuando inyectan lujuria a los demonios, encendidos en formas fingidas por Dios, se relajen sus miembros, y así escape la parte de Dios que allí estaba atada. Tal oprobio, tal sacrilegio osasteis creer, y no dudáis en predicar. Estos son los medios de vuestra doctrina. ¿Cuál es el fin? ¿Cuál, sino que Dios no pudo purgar todo? Y porque no pudo, decís que hará de ello un revestimiento para la gente de las tinieblas, para que allí sea condenada eternamente lo que no pudo ser purgado, y no cometió nada por su propia voluntad. Así resulta que vuestro dios, no verdadero, sino ficticio, no constituido en ningún lugar, sino imaginado en vuestro corazón, mezcla su parte infeliz, purga torpemente, condena cruelmente. A esto, pues, responde, y comienza por lo que dije, por qué Dios mezcló esta parte suya, a la que nada podía dañar; o si podía, cómo es incorruptible.

CAPÍTULO VIII.

FEL. dijo: Decís que Maniqueo es cruel al decir esto: ¿qué decimos de Cristo, que dijo, Id al fuego eterno (Mat. XXV, 41)?

AUG. dijo: Esto lo dijo a los pecadores.

FEL. dijo: ¿Por qué no fueron purgados estos pecadores?

AUG. dijo: Porque no quisieron.

FEL. dijo: ¿Porque no quisieron, dijiste esto?

AUG. dijo: Esto dije, porque no quisieron.

FEL. dijo: ¿Por qué no quisieron? ¿Hay quien no quiera ser curado? ¿Hay quien no quiera ser purgado? ¿Hay quien no quiera ser iluminado? ¿Quién es el enfermo que no quiere llegar a la salud? Si es cruel lo que dijo Maniqueo, porque alguna parte de Dios que no pudo purgarse, está ligada en el globo: ¿no es cruel esto, que Cristo que dijo, Yo vine por los pecadores; ahora los envíe al fuego eterno, cuyo nombre llevaron? Pero los mandamientos, creo, no pudieron cumplir. Si esto es cruel, aquello es más cruel. Si aquello es más cruel, porque Dios no pudo purgarlos, y los ligó en el globo; y eso parece más cruel, que Cristo no pudo purgarlos, enviarlos al fuego eterno: que me explique tu Santidad sobre esta crueldad.

AUG. dijo: Si lo que ya dije, o lo hubieras entendido, o confesaras que lo entiendes (pues tal vez al no tener qué decir, fingiste no entender lo que es claro), no dirías esto. Pues ya dijimos y probamos por las Escrituras divinas, que hay libre albedrío: pero que Dios es justo juez del libre albedrío, remunerador de los fieles y de los que se le someten y quieren ser sanados, condenador de los soberbios e impíos. Pues vino a sanar a los pecadores, sana ciertamente a los que confiesan sus pecados, sana a los penitentes: pero a nadie le duele cuando otro peca: pero si hay penitencia justa y verdadera, de donde el mismo Señor dice, No vine a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Mat. IX, 13); esa penitencia indica que no es de otra naturaleza, sino de nuestra voluntad, si acaso pecamos. Pues si al pecar otro, a otro le duele, no es esa penitencia prudente, sino insana. Según vosotros, sin embargo, no hay pecados. Pues la gente de las tinieblas no peca, porque hace su naturaleza: la naturaleza de la luz no peca, porque lo que hace, lo hace obligada. No encuentras, pues, ningún pecado que Dios condene, ningún pecado que la penitencia pueda sanar. Pero si hay penitencia, también hay culpa: si hay culpa, también hay voluntad: si hay voluntad en pecar, no es la naturaleza la que obliga. Pero si sufren alguna debilidad, los que no pueden cumplir lo que quieren; de

donde el apóstol Pablo dice, Veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros (Rom. VII, 23): es manifiesto que esto vino de la transmisión del primer pecado de Adán, y de la mala costumbre. Pues hoy en día, con libre voluntad, los hombres hacen costumbre, que cuando la han hecho, no pueden superarla fácilmente: ellos mismos, pues, se hicieron de sí mismos, lo que la ley contraria habita en sus miembros. Pero los que conciben el temor de Dios, y por libre albedrío se someten a ser sanados por el mejor médico, y como buen curador, así también misericordioso creador, por la humildad de la confesión y la penitencia son sanados. Pero los soberbios que se dicen justos, o diciendo que no pecan ellos, sino que otro en ellos peca, y otra naturaleza de ellos peca, por esa misma soberbia suya se hacen insanables, y experimentan el justo juicio de Dios, que resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). No es, pues, indigno que Dios diga, Id al fuego eterno, a los que rechazaron su misericordia por libre albedrío: y diga, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino (Mat. XXV, 41, 34), a los que por libre albedrío recibieron su fe, confesaron sus pecados, hicieron penitencia, se disgustaron de sí mismos como fueron, y como por él fueron hechos le agradaron. Tú, pues, ya responde a lo que pregunté: pero te pido, para no hacer demoras superfluas: Si nada podía dañar a Dios, ¿por qué nos envió aquí? Si podía dañarle, no es incorruptible Dios.

CAPÍTULO IX.

FEL. dijo: Si nada podía dañar a Dios, ¿por qué envió aquí a su Hijo?

AGUSTÍN dijo: Mira cómo siempre preguntas, y no quieres responder a lo que se te pregunta. Escucha lo que preguntaste, pero recuerda que no respondes a lo que digo, mientras que yo sí respondo. Nada puede dañar a Dios: pero envió a su Hijo, para que se revistiera de carne, apareciera a los hombres, sanara a los pecadores, sufriera en esa misma carne por nosotros, la cual tomó de nosotros. En su propia naturaleza no podía sufrir; porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. En esta naturaleza, porque el Verbo era Dios, no podía sufrir. Pero para que pudiera sufrir por nosotros, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 1, 14). El Verbo se hizo carne, asumiendo carne, no transformándose en carne: asumió la humanidad, no perdió la divinidad. Así, el mismo Dios y el mismo hombre, en la naturaleza de Dios igual al Padre, en la naturaleza del hombre hecho mortal, en nosotros, por nosotros, de nosotros, permaneciendo lo que era, asumiendo lo que no era, para liberar lo que había hecho, no lo que era. Por tanto, la pasión de Cristo no es por necesidad, sino por misericordia. Nos ofreció un ejemplo de paciencia de nosotros mismos, es decir, al hombre del hombre, a la carne de la carne: sin embargo, en esa carne no se hizo peor; sino que la carne en él se hizo mejor. Pero la parte de vuestro dios, sin asumir carne alguna (pues no había en la gente de las tinieblas por la que sufriría), descendió para ser capturada, atada, contaminada, y purgada de manera más vergonzosa que como fue atada. Ya he hablado de su purgación. Todas estas cosas, cuanto más indignas son, tanto más fáciles son de entender que no caen en la naturaleza de Dios. Y lejos esté del alma piadosa y fiel creer tales cosas de Dios, el buen Dios, el verdadero Dios, como vosotros creéis; no al que encontrasteis, sino al que inventasteis. Responde ahora: Si nada podía dañar a Dios, esa pura sustancia suya, sin carne alguna asumida para sufrir en ella, si algo iba a sufrir, ¿por qué fue enviada aquí según vuestras vanas palabras?

CAPÍTULO X.

FELIPE dijo: Si nada podía dañar a Dios por parte del adversario, y nada podía dañar a Cristo por la naturaleza adversa; ¿a quién vino Cristo, para liberarla? Porque, como dices, vino por nuestra libertad: entonces estábamos en cautiverio. Si estábamos en cautiverio, y por eso vino Cristo, para liberarnos del cautiverio, quien nos tenía era ajeno a Dios, o era el poder de Dios. Si era el poder de Dios quien nos tenía, ¿por qué enviaba a Cristo aquel que nos tenía? Si estaba en su poder liberarnos cuando quisiera, ¿por qué Cristo es crucificado? Nadie ignora que Cristo fue crucificado. ¿Por qué lo crucificaron? Si es el poder de Dios, no nos hacía daño. Si era el poder de Dios, no fuimos capturados por él: sino como nosotros con nuestro príncipe, como el hijo con los padres, no como los romanos con los bárbaros. No era necesario, entonces, porque estábamos con el poder de Dios, que Dios enviara a su Hijo, para que se dijera que nuestro libertador vino. Si parece, entonces, que estábamos con el poder de Dios: el Apóstol dijo, Cristo nos redimió de la maldición de la Ley; porque está escrito, Maldito todo el que cuelga de un madero (Gálatas 3, 13; Deuteronomio 21, 23). Esto es lo que dice el Apóstol. Si este que maldice a todos los que cuelgan de un madero es el poder de Dios: pues Cristo colgó de un madero, y sus Apóstoles, todos los que fueron entregados por su mandato: ¿quién es entonces este que maldice a todo el que cuelga de un madero?

CAPÍTULO XI.

AGUSTÍN dijo: Aquellos a quienes Cristo redimió del diablo, estaban retenidos por el diablo por su propio consentimiento, y estaban en su condición por el justo juicio de Dios, a quien habían consentido seducidos por el libre albedrío. Así como estuvo en el poder del hombre consentir al diablo para ser capturado; así estuvo en el poder del mismo diablo, cuando era ángel, pecar para ser transformado en algo peor. El ángel pecador, por libre albedrío, persuadió al hombre con libre albedrío a pecar; para que el diablo, si no hubiera querido, no habría pecado, y el hombre, si no hubiera querido, no habría consentido. Pero cuando ya estaba retenido por aquel a quien había consentido, no porque el diablo pudiera algo, sino porque era el justo juicio de Dios, y no quiso obedecer su ley: porque así encontró Cristo a los pecadores bajo el pecado, redimió a los confesores del soberbio. Pero lo que está en la Ley, Maldito todo el que cuelga de un madero; de donde el Apóstol dice, Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición; porque está escrito, Maldito todo el que cuelga de un madero: no reprende la Ley, sino que encomienda la misericordia. Porque Adán había pecado, y toda esa masa y descendencia del pecado estaba maldita; pero el Señor quiso asumir carne de esa misma masa, para que asumiendo la mortalidad que vino del castigo, resolviera la muerte, que venía de la gracia: por eso dice la Ley, Maldito todo el que cuelga de un madero. Pues la misma muerte colgaba en el madero, esa muerte que venía de la maldición. Así como asumiendo la muerte, mató la muerte; así asumiendo la maldición, resolvió la maldición. Por eso también el Apóstol dice, Sabiendo que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él (Romanos 6, 6): porque de nuestro viejo hombre, es decir, de la suerte de la muerte, que venía del mérito del pecado, se dignó asumir carne mortal de la virgen María, en la cual nos ofreciera ejemplo de pasión y resurrección; de pasión, para fortalecer la penitencia; de resurrección, para despertar la esperanza: para que nos mostrara dos vidas en la carne, que asumió de nuestra vida mortal, una laboriosa, otra bienaventurada; laboriosa, que debemos soportar; bienaventurada, que debemos esperar. Soportamos la laboriosa por el mérito de nuestro pecado: pero él la mostró en su carne, no por el mérito de su iniquidad, sino por el oficio de su misericordia. Pues para que sepas que la Ley es buena, que tú quisiste reprender, el mismo apóstol Pablo dijo en un lugar: La Ley se introdujo para que abundara el delito. Aún parece que la reprende; pero escucha lo que sigue: Donde abundó el delito, sobreabundó la gracia (Romanos 5, 20). Pues la ley fue dada a los hombres soberbios, y que atribuían todo a sus fuerzas, para que cuando no pudieran cumplir la ley

dada, fueran hallados transgresores, y hechos culpables bajo la ley, pidieran misericordia al Creador de la ley. Por tanto, poco después dice el mismo apóstol: Así que la ley es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno. Pero no digas que habla de otro mandamiento, para mostrar que habla de aquel del que poco antes había dicho, La Ley se introdujo para que abundara el delito; inmediatamente se opuso una cuestión: ¿Lo que es bueno, me fue hecho muerte? De ninguna manera: sino que el pecado, para que apareciera pecado, por lo bueno me produjo la muerte (Romanos 7, 12, 13). Pues era pecado, pero no aparecía como pecado: se dio la ley al soberbio, actuó contra la ley, y apareció el pecado, que era, pero no aparecía. El pecado aparente humilló al soberbio, el soberbio humillado se hizo penitente, de la penitencia se obtuvo misericordia. Has escuchado, pues, lo que preguntaste, responde lo que pregunto: Nada podía dañar la gente de las tinieblas a Dios; ¿por qué envió aquí su parte para ser mezclada y contaminada por la naturaleza de los demonios?

CAPÍTULO XII.

FELIPE dijo: Si estamos en nuestro propio arbitrio, nadie obliga a nadie: cuando quiera, seré cristiano. La voluntad nos pertenece, ya sea ser cristiano o no serlo.

AGUSTÍN dijo: Que la voluntad nos pertenece, es evidente, y lo he enseñado de las Escrituras divinas; lo cual se vio obligado a decir incluso aquel que te indujo a este error. Pero lo que dices, Nadie debe ser obligado, cuando quiera, seré cristiano: nadie te obliga, cuando quieras, sólo: porque viniste aquí por tu voluntad, y por tu voluntad discutiste estas cosas. Y ay de la mala voluntad, si es mala; paz a la buena voluntad, si es buena. Pero ya sea mala, ya sea buena, es voluntad. A la buena voluntad sigue la corona, a la mala sigue el castigo. Dios es juez de las voluntades, pero creador de las naturalezas. Si, pues, piensas que se te obliga a ser cristiano, escucha de nosotros que de ninguna manera se te obliga. Considera más bien lo que escuchas, sopesa, estás en tu voluntad: examina como prudente, si en ti hay alguna prudencia siquiera humana, si lo que se ha dicho está fundamentado en la verdad; si tú mismo has fallado en la defensa de tu Maniqueo, como parece: y cuando quieras, sé lo que aún no eres, y deja de ser lo que eres.

CAPÍTULO XIII.

FELIPE dijo: He aquí que ya brevemente, como dijo tu Santidad: no acumulemos papeles, si te place, lo que pedí antes: vine aquí; muéstrame la verdad, para que lo que sostengo, se vea que no es verdad, y me tienes dispuesto a creer.

AGUSTÍN dijo: Ya lo que sostienes, es bastante evidente que no es verdad. Lejos esté de los corazones que buscan o sostienen la verdad, creer que Dios, por necesidad, sumergió su sustancia en la naturaleza de los demonios para ser atada y contaminada. Lejos esté de los fieles creer que Dios, para liberar su sustancia, se convierte en varones contra mujeres, y en mujeres contra varones para incitar su concupiscencia. Lejos esté de los fieles creer que Dios condena eternamente su sustancia, que él mismo sumergió en los demonios. Esto, pues, porque no es verdad, es evidente. Pero como deseas que se te revele la verdad por esta falsedad expulsada y refutada, si algo te mueve sobre la fe católica que aún no conoces, podrás ser instruido desde el principio de la fe. Pues la fe piadosa hace apto para la percepción de la verdad inmutable: de la cual fe, quien no quiera comenzar, permanecerá fuera por soberbia, y no podrá ser conducido a donde tiende, o a donde quiere llegar. Pero como ya esa falsedad es manifiesta, anatematiza la falsedad, para que puedas comenzar a ser apto para conocer la verdad.

CAPÍTULO XIV.

FELIPE dijo: Cuando me aparezca, porque no me aparece, porque no se me ha mostrado otra, no puedo anatematizar.

AGUSTÍN dijo: ¿Debe ser anatematizado el error que dice que Dios es corruptible, o no debe ser anatematizado?

FELIPE dijo: Repite lo que dijiste.

AGUSTÍN dijo: ¿Debe ser anatematizado el error que dice que Dios es corruptible, o no debe ser anatematizado?

FELIPE dijo: Se investigará si lo dice.

AGUSTÍN dijo: Yo pregunté esto, Quien dice que Dios es corruptible, ¿debe ser anatematizado, o no?

FELIPE dijo: Quien dice que Dios es corruptible, debe ser anatematizado; ¿me lo objetas?

AGUSTÍN dijo: Esto pregunto.

FELIPE dijo: ¿Dices que Dios es corruptible, no lo que dijiste primero, que dio su parte a los adversarios?

AGUSTÍN dijo: Por ahora responde lo que pregunto: Quien dice que la naturaleza y sustancia de Dios es corruptible, ¿debe ser anatematizado, o no?

FELIPE dijo: No entendí lo que dijiste.

AGUSTÍN dijo: Digo esto que todo hombre entiende, quien no finge no entender: La naturaleza y sustancia de Dios, es decir, eso mismo que es Dios, quien dice que es corruptible, ¿debe ser anatematizado, o no?

FELIPE dijo: También debe ser anatematizado, si se prueba que es verdad.

AGUSTÍN dijo: Aún no te he dicho que Maniqueo dice que la naturaleza de Dios es corruptible; pero te he dicho que quienquiera que lo diga, debe ser anatematizado.

FELIPE dijo: Y yo respondí, También.

CAPÍTULO XV.

AGUSTÍN dijo: Esa parte que está mezclada con la gente de las tinieblas, ¿es de la naturaleza de Dios, o de alguna otra naturaleza?

FELIPE dijo: De Dios.

AGUSTÍN dijo: Lo que es de la naturaleza de Dios, ¿es lo que es Dios, o es algo diferente que no es Dios?

FELIPE dijo: Así es: lo que es de Dios, es Dios, según está escrito: La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 5). Porque Dios es luz, y en él no hay tinieblas (1 Juan 1, 5).

AGUSTÍN dijo: Bien has respondido, porque lo que es de la naturaleza de Dios, es Dios, y Dios es luz, y en él no hay tinieblas, y tal luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Veamos, pues, si Maniqueo no dice que una parte de Dios fue comprendida por las tinieblas, no también retenida atada, no también manchada y contaminada, de modo que necesite ser liberada y purgada. Pero si dice estas cosas, según tú también, y según tus verdaderas confesiones, debe ser anatematizado; porque dice que una parte de Dios y la naturaleza de Dios, que es el mismo Dios, fue comprendida por las tinieblas y atada y contaminada: lo cual tú mismo, hablando según el Evangelio, no pudiste decir; sino que dijiste la verdad, porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Maniqueo, pues, debe ser anatematizado, quien dijo que la luz fue oscurecida en las tinieblas, y las tinieblas la comprendieron.

FELIPE dijo: Pero el que se contamina, y el que es retenido, es liberado; y nosotros, si estamos contaminados, somos purificados.

AGUSTÍN dijo: Pero esto no se dice correctamente de la naturaleza de Dios, sino de aquella que puede ser contaminada, se dice correctamente: porque se contamina y se purifica: pero de aquella que no puede ser contaminada, ves con cuánta sacrilegio se dice, Se contamina y se purifica; especialmente porque decís que una parte de Dios está tan contaminada, que por eso está atada eternamente en el globo de las tinieblas, porque no pudo ser purificada. Quien no anatematiza esto, respondió falsamente hace poco, porque todo el que dice que Dios es corruptible, debe ser anatematizado.

CAPÍTULO XVI.

FELIPE dijo: Esto que dijo tu Santidad, que la parte que no se purificó de la contaminación de la gente de las tinieblas: y así dice Maniqueo, que no fueron enviados al reino de Dios. Esto afirmas tú, que fueron condenados: pero Maniqueo no dice esto, que fueron condenados, sino que fueron puestos para la custodia de esa gente de las tinieblas.

AGUSTÍN dijo: De esta parte hablo contigo, que dices que fue purificada: después, si es necesario, de aquella que está fijada en su globo. Por ahora, la que se purifica, estaba contaminada.

FELIPE dijo: La que se contamina, y se purifica.

AGUSTÍN dijo: Quien, pues, dice que la naturaleza de Dios y la sustancia de Dios, y lo que es Dios, puede ser contaminado, atado, manchado por la gente de las tinieblas, ¿no debe ser anatematizado?

FELIPE dijo: ¿De qué nos purificó Cristo? ¿De qué nos liberó?

AGUSTÍN dijo: Cristo no liberó una parte de Dios, no la naturaleza de Dios; sino la creación que hizo, cayendo en pecado por el libre albedrío, la liberó con su misericordia. Purificó aquello que podía ser contaminado, liberó aquello que podía ser capturado, sanó aquello que podía enfermar. Pero ahora hablamos de Dios, de la naturaleza de Dios, de la sustancia de Dios, de lo que es Dios: ¿podía ser contaminado, o no podía?

CAPÍTULO XVII.

FELIPE dijo: ¿Nuestra alma es de Dios, que fue contaminada? Si no es de Dios, ¿por qué fue crucificado Cristo por ella? Si, pues, parece que Cristo fue crucificado por nuestra alma, parece que es de Dios, y estaba contaminada, y él la purificó.

AGUSTÍN dijo: Yo no solo digo que el alma, sino también nuestro cuerpo y toda criatura, tanto espiritual como corporal, es de Dios: porque esto tiene la fe católica. Pero una cosa es lo que Dios engendró de sí mismo, que es lo que él es; otra cosa es lo que Dios hizo. Lo que Dios engendró, es igual al Padre: lo que Dios hizo, no es igual al creador. Decimos que algo es de Dios, que mejor se dice que es de Dios, porque es lo que él es, como el Hijo unigénito, como el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas (Juan 1, 3): pero otras cosas decimos que son de Dios, porque dijo, y fueron hechas; mandó, y fueron creadas (Salmo 148, 5). De aquí es el alma, de las cosas que Dios hizo, no lo que Dios engendró de sí mismo. Por eso el Verbo que engendró de sí mismo, no pudo ser contaminado, ni puede, ni podrá. Pero el alma que hizo rectora del cuerpo, para que sirviera al superior, dominara al inferior, es decir, sirviera a Dios, dominara al cuerpo, despreciada la ley de Dios por el pecado fue contaminada; pero Dios, mostrando misericordia a lo que hizo, envió al Hijo por quien hizo, y por él rehizo. Cuando debía ser creado lo que no existía, fue creado por el Verbo: cuando debía ser restaurado lo que había sido depravado, se asumió de allí la criatura de la virgen María, para que por lo que era hombre, se mostrara al hombre tanto lo que debía soportar como lo que debía esperar. Así, la naturaleza del Verbo, la sustancia del Hijo unigénito de Dios, no sufrió nada ni de los perseguidores judíos, ni del diablo ángel malo que lo perseguía. Pero porque se revistió de carne, se revistió de cosa mortal, cosa pasible, cosa mutable, en lo que se revistió, sufrió lo que quiso como ejemplo de paciencia, y reformó esto como ejemplo de justicia. Ahora dime de la parte de Dios, que es Dios, si puede ser contaminada, o no. Si puede, no es Dios inmutable; y quien dice esto, debe ser anatematizado: pero si no puede, ves que debe ser anatematizado Maniqueo, quien dice que una parte de Dios, la naturaleza de Dios, lo que es Dios, vino aquí pura a la gente de las tinieblas atada y contaminada, para que necesite ser liberada y purificada.

CAPÍTULO XVIII.

FELIPE dijo: Esto dijiste sobre el alma, que no es de Dios.

AGUSTÍN dijo: no dije eso; sino que dije que es de Dios, como hecha por Dios, no como nacida de Dios. FÉLIX dijo: Dijiste sobre el alma que no es de Dios, sino obra de Dios, porque sin Dios no es nada: eso es lo que dices tú, y no quieres afirmar que el alma es de Dios.

AGUSTÍN dijo: es de Dios, pero fue hecha por Dios.

FÉLIX dijo: Ya sea hecha, enviada o dada, es de Dios. Entonces, si es de Dios y está contaminada, y Cristo vino a liberarla de la contaminación; ¿por qué culpas al maniqueo?

AGUSTÍN dijo: Porque yo digo que el alma no es la naturaleza de Dios, sino hecha por Dios, que pecó por libre albedrío, y está contaminada por el pecado, y liberada por la misericordia de Dios en el arrepentimiento: pero tú dices que la misma naturaleza de Dios, que es Dios, fue capturada y contaminada en la raza de las tinieblas: y hay una gran diferencia entre lo que Dios engendró de sí mismo y lo que hizo no de sí mismo, sino de la nada, es decir, cuando no existía en absoluto, recibió de Dios el ser, es decir, ser instituido.

FÉLIX dijo: Entonces es parte de Dios.

AGUSTÍN dijo: Ya te he dicho, no es parte de Dios: y entiende cómo debes comprender a Dios omnipotente como creador. Todo lo que se hace, y lo que cada uno hace, es o de sí mismo, o de algo, o de la nada. El hombre, porque no es omnipotente, hace un hijo de sí mismo: de algo, como un artesano hace un arca de madera, un vaso de plata. Pues pudo hacer el vaso, pero no pudo hacer la plata: pudo hacer el arca, pero no pudo hacer la madera. Sin embargo, de la nada, de lo que absolutamente no es, hacer que sea, ningún hombre puede. Pero Dios, porque es omnipotente, engendró de sí mismo al Hijo, e hizo el mundo de la nada, y formó al hombre del barro: para mostrar a través de estos tres poderes su eficacia en todo. Lo que hizo de sí mismo, no se dice que lo hizo, sino que lo engendró. Pero lo que hizo de algo, como al hombre de la tierra, no hizo al hombre de la tierra de tal manera que otro le hizo la misma tierra de la que hizo al hombre, como Dios hizo la plata para el platero de la que hizo el vaso: sino que él mismo hizo, tanto lo que no era para que fuera, como lo que de allí nuevamente fuera, lo que ya había creado de la nada para que fuera. Así, pues, el cuerpo, así el alma, así se entiende toda la creación hecha por Dios; no engendada de Dios, para que sea lo que Dios es. Por lo tanto, ahora tal vez elijas qué sostener y qué rechazar. Elige qué es mejor. Porque vemos muchas cosas cambiantes, y sin embargo buenas, aunque cambiantes; muchas mortales, y sin embargo buenas, aunque mortales: pero el bien completamente inmutable es Dios mismo: elige qué es mejor para ti sostener, si que Dios sea mutable, o que lo que Dios hizo sea mutable. Porque es necesario que digas una de dos cosas. Si no quieres admitir que lo que Dios hizo es mutable, queda que digas que Dios mismo es mutable. Pero para que te purifiques de este sacrilegio, y de esta blasfemia, no digas que la sustancia de Dios es mutable; ¿por qué no concedes que Dios, que verdaderamente es, y es inmutable, porque él mismo también dijo, Yo soy el que soy (Éxodo 3, 14), hizo todas las cosas buenas, pero no iguales a él? Por lo tanto, porque él es inmutable, no es de extrañar que lo que hizo, porque no es igual a él, no sea inmutable, sino mutable. Por eso, también pudo pecar y contaminarse por libre albedrío, y ser liberado por su misericordia.

CAPÍTULO XIX.

FÉLIX dijo: Dijiste que el hombre hizo un hijo para sí mismo: no hay diferencia entre el padre y el hijo. Porque esto, entonces, tu Santidad lo ha dicho, y yo respondo que Dios y lo que hace son iguales a él.

AGUSTÍN dijo: Lo que no quisiste entender, que cuando el hombre hace un hijo, no se dice propiamente que lo hace, sino que propiamente se dice que lo engendra: así también Dios engendró al Hijo único, te dije, no lo hizo. Pero hizo aquello que no es igual a él: pero lo que engendró, es igual a él. Así que elige para ti, si quieres decir que la obra de Dios es mutable, o que la naturaleza de Dios es mutable.

FÉLIX dijo: Como Dios es inmutable, de igual manera el que engendró es inmutable; y lo que hizo, si es de su naturaleza, no se cambia (pero lo hizo de la nada, porque la obra no se cambia).

AGUSTÍN dijo: Pero ya se te ha dicho que lo que hizo, no es de su naturaleza; sino que lo hizo de la nada, porque es omnipotente. No era, y lo hizo, no de sí mismo, no de alguna cosa que él no había hecho, sino de la nada.

FÉLIX dijo: Yo no dije eso: sino que dije, porque Dios es inmutable, y lo que engendró es inmutable, y lo que hizo es inmutable. No dije, de dónde lo hizo: no pregunté eso, de dónde lo hizo.

AGUSTÍN dijo: Pero de mí escuchaste lo que no preguntaste, para que ya dejaras de hablar necedades. Dios omnipotente pudo engendrar de sí mismo, y hacer de la nada, y formar de lo que ya había hecho: de sí mismo, al Hijo igual a él; de la nada, el mundo y toda la creación; de algo, al hombre de la tierra: porque es omnipotente. Por lo tanto, lo que es de sí mismo, nunca puede ser contaminado, como tampoco él mismo: pero lo que fue hecho por él, no de él, puede ser contaminado por libre albedrío, y purificado por su misericordia, condenando lo que pecó, y reconociendo a quien lo creó. Pero tú, que hace poco dijiste que quien dice que una parte de Dios es corruptible y contaminable debe ser anatema, no puedes negar que el maniqueo dijo que una parte de Dios fue capturada y contaminada en la raza de las tinieblas, y parece que lo blasfemó con estas palabras, de tal manera que tal vez no podría blasfemar peor; o anatematiza a quien dice tales cosas, o tú con él debes ser anatema y rechazado.

CAPÍTULO XX.

FÉLIX dijo: Maniqueo dice que una parte de Dios está contaminada; y Cristo dice que el alma está contaminada, y vino a liberarla de la contaminación.

AGUSTÍN dijo: Pero el alma no es parte de Dios. Pues ya confesaste que Maniqueo dijo que una parte de Dios está contaminada: nosotros, sin embargo, decimos que el alma está contaminada por la voluntad del pecado; pero que el alma no es parte de Dios, no nacida de Dios, sino hecha por Dios. Así, pues, se dice que el alma es de Dios, como se dice que una obra es de su arte, o hecha por él, pero no nacida de él, como su hijo. Tú, pues, que ya confesaste que Maniqueo dijo que una parte de Dios está contaminada, y hace tiempo dijiste que quien dice que Dios o su naturaleza es corruptible o contaminable debe ser anatema; ya has anatematizado, lo que no quieres admitir. Pues esto que dijiste, que se contamina y que se purifica, esto mismo que dices, Se purifica, expresaste que se contamina; y no tienes cómo escapar: tanto Maniqueo, como tú dijiste que una parte de Dios se contamina. Por lo tanto, anatema a Maniqueo, o debes ser anatema con Maniqueo.

FÉLIX dijo: Yo no aprendí de Maniqueo que una parte de Dios está contaminada; sino que aprendí de Cristo que vino por el alma que estaba contaminada.

AGUSTÍN dijo: De Cristo no aprendiste que el alma es parte de Dios.

FÉLIX dijo: Aprendí de Cristo que el alma es de Dios.

AGUSTÍN dijo: Y nosotros aprendimos que el alma es de Dios, pero no es parte de Dios. Pues el alma es de Dios, como una obra es de su artífice; no de Dios, como un hijo de su padre.

FÉLIX dijo: Hablamos de la contaminación: si el alma que es de Dios está contaminada, y puede ser purificada por Cristo, que vino por ella; y esa parte de Dios que Maniqueo dice, puede ser contaminada y purificada por el mandato de Dios mismo.

AGUSTÍN dijo: He aquí que nuevamente dices que una parte de Dios contaminada se purifica, y hace poco dijiste que quien dice que es corruptible debe ser anatema: ahora dices que pudo ser contaminada; y dices que puede ser purificada, para confirmar que pudo ser contaminada. Esto no lo decimos de una parte de Dios: sino que lo decimos del alma; porque

como obra suya es de él, no como prole de él. Vuelve, pues, a lo que dices, y distingue lo que decimos. El alma no es Dios, ni parte de Dios. Pero tú dices que Maniqueo dijo que una parte de Dios se contamina, que dice que se purifica, para confirmar que se contamina. Queda, pues, que lo anatematices, o que seas anatema pensando estas cosas.

CAPÍTULO XXI.

FÉLIX dijo: ¿Pertenece a Dios el alma que está manchada por el pecado, o no?

AGUSTÍN dijo: Pertenece, pero no es parte de él.

FÉLIX dijo: No pregunté eso.

AGUSTÍN dijo: ¿Y qué preguntaste?

FÉLIX dijo: ¿Pertenece a Dios, o no pertenece?

AGUSTÍN dijo: Ya dije, y cómo pertenece.

FÉLIX dijo: Yo pregunto si realmente es de Dios.

AGUSTÍN dijo: De Dios, no de Dios.

FÉLIX dijo: Si no es pecado, y el alma es de Dios, y está contaminada, y Cristo vino a liberarla, y la liberó del pecado, ¿qué culpamos al maniqueo, que dice que una parte de Dios está contaminada, y nuevamente se purifica?

AGUSTÍN dijo: Porque ya confesaste que Maniqueo dijo que una parte de Dios está contaminada, y dices que no es pecado derramar tal blasfemia contra Dios: nosotros, sin embargo, decimos que el alma pecó por libre albedrío, y se purifica arrepintiéndose por la misericordia de su Creador; porque no es de Dios como parte de él, o como prole de él; sino de Dios o hecha por Dios, como obra suya: qué diferencia hay entre nuestra fe y vuestra perfidia, es manifiesto para todos. Así que, según tus palabras anteriores, porque concediste que debe ser anatema quien dice que la naturaleza de Dios es corruptible, lo cual es manifiesto que Maniqueo dice, porque no quisiste que fuera anatema por ti, serás anatema con él.

CAPÍTULO XXII.

Después de esto, cuando discutían con muchas palabras entre ellos:

FÉLIX dijo: Di ahora tú, ¿qué quieres que haga?

AGUSTÍN dijo: Que anatematices a Maniqueo, cuyas blasfemias son tan grandes. Pero si lo haces de corazón, entonces hazlo; pues nadie te obliga a hacerlo contra tu voluntad.

FÉLIX dijo: Dios ve si lo hago de corazón; pues el hombre no puede ver: pero pido esto, que me confirmes.

AGUSTÍN dijo: ¿En qué quieres que te confirme?

FÉLIX dijo: Primero tú anatematiza, para que yo después anatematice.

AGUSTÍN dijo: He aquí que incluso con mi mano escribo; pues quiero que también tú escribas con tu mano.

FÉLIX dijo: Pero anatematiza así, que anatematices al mismo espíritu que estuvo en Maniqueo, y que a través de él dijo estas cosas.

Agustín, tomando un papel, escribió estas palabras: Agustín, obispo de la Iglesia católica, ya he anatematizado a Maniqueo y su doctrina, y al espíritu que a través de él pronunció tan execrables blasfemias, porque era un espíritu seductor, no de verdad, sino de error nefando; y ahora anatematizo al mencionado Maniqueo y al espíritu de su error.

Y cuando le dio el mismo papel a Félix, también él escribió con su mano estas palabras: Yo, Félix, que había creído en Maniqueo, ahora lo anatematizo a él, y a su doctrina, y al espíritu seductor que estuvo en él, que dijo que Dios mezcló su parte con la raza de las tinieblas, y la liberó tan vergonzosamente, que transformó sus virtudes en mujeres contra los hombres, y a ellas nuevamente en hombres contra los demonios femeninos, de tal manera que después fija los restos de su parte en el globo de las tinieblas para siempre. Todas estas y otras blasfemias de Maniqueo las anatematizo.

Agustín, obispo, he suscrito estos Actos en la iglesia ante el pueblo.

Félix he suscrito estos Actos.